

También la soledad

Seudónimo: Lemniscata

Categoría General de Relato Corto

*“La noche ha puesto lámparas apagadas
en los nidos vacíos, solitarios pastores
en las tristes cañadas del otoño”*

Juan Carlos Mestre

Siempre iban juntos. Vestían la misma ropa, un pantalón de tergal gris y una camisa blanca remangada por encima de los codos. Tenían las mismas gafas de cristales gruesos y montura de pasta negra. Sus zapatos también eran idénticos, marrones, deslustrados, el nudo casi deshecho. Hasta en su forma de caminar se ponían de acuerdo, los trancos largos, la pisada con los talones, ese extraño movimiento de brazos, de derecha a izquierda siempre por delante del cuerpo, como si imitaran la cadencia del péndulo de un reloj.

Eran hermanos y nacieron de madrugada, la luna llena manchando de plata los rastros y vaguadas que rodeaban una casilla de tapial encalado junto a la majada. Nacieron con una diferencia de apenas cuatro minutos, sin llantos, sin un quejido, acostumbrados desde el principio a ese cálido, espeso olor a estiércol y al amoníaco de los orines de las ovejas, un olor que ya les acompañaría toda su vida. Su madre apenas soportó una semana el trauma del parto, una infección de matriz acabó con su vida sobre un catre de paja impregnado de humo, de ese humo pobre a lumbre de jara, y de piorno, y de retama.

Su padre les enseñó el oficio desde muy niños, el oficio de despertarse antes del alba, el de desayunar torreznos y sopas de ajo, el de ordeñar a las cabras y a las ovejas; el oficio de ganarse el sustento con las desolladuras, con los sabañones de sus manos, el oficio de ignorar los rudimentos de una educación, sí, la escuela del pueblo quedaba a más de cuatro horas caminando, tres si ibas en burro, demasiado lejos para acudir a diario. Cuando murió su padre, ellos heredaron la casilla de tapial encalado, y la majada, y las ovejas, y las pocas cabras, y el asno, y los haces de retama, y de piorno, y de jara, y la miseria, y la ignorancia, y sus rostros embrutecidos, y las decenas de palabras con que se manejaban en aquel ámbito montaraz, y el clamor de la intemperie, y unos ojos que, aunque los achicaran, apenas lograban distinguir nada más allá de los veinte metros. Todo eso lo heredaron de su padre, todo eso y la soledad. También la soledad.

Bajaban al pueblo una vez al mes en busca de tabaco y de mecha para el chisquero, de aceite y de manteca, de vino y de aguardiente, de tocino y de lentejas, de harina de almortas, de pan blanco y de cartuchos para la escopeta. Bajaban y merodeaban subrepticamente por las callejas, como si fueran apestados, como si fueran furtivos hollando una propiedad ajena, huyendo de las gentes que calzaban zapatos de cuero y vestían abrigo de paño, apretándose a las fachadas de piedras mampuestas, las mejillas sin rasurar, su mirada breve alerta, las manos maltratadas de sabañones tirando del ramal del burro, siempre abrumados al pasar por aquel lavadero frecuentado solo por mujeres. No olvidaron la costumbre que les legó su padre. En la fachada meridional de la iglesia, una pizarrilla informaba de los nombres de los fallecidos durante el último mes, también de su mote y de la edad con que abandonaron el mundo de los vivos. Era, quizá, una costumbre morbosa, pero su padre les enseñó a respetarla mientras les aleccionaba:

- Ellos fueron lo que ahora sois vosotros, ellos son ahora lo que vosotros seréis mañana. Debéis quitaros la gorra, leer los nombres en voz alta y pedir por sus almas al de allá arriba. Jamás os olvidéis de hacerlo.

El regreso a su casilla de tapial encalado era como un renacimiento, las mandíbulas relajadas, un palpar apresurado en el corazón, esa fatiga que se evaporaba como el rocío de las flores del escaramujo al llegar el mediodía, la seguridad de los contornos conocidos, de esos olores tanto tiempo amadrigados en sus entresijos, del tacto de la lana y de las ubres de los animales, del balido hambriento de los corderos, del frescor del agua que recogían del arroyo. La seguridad de lo

previsible, la nieve, los hielos, la escarcha, las tormentas, los aguaceros, el viento sobre el páramo, el calor insoportable del estío.

El cura intentó, sin conseguirlo, que bajaran al pueblo los domingos, los quería retener, aunque solo fuera durante la misa, en el redil de los creyentes. El médico, a raíz de unas fiebres que se eternizaron en las entrañas de los hermanos durante más de quince días, acudió con su maletín de cuero y sobre una yegua de pelaje alazán a la majada. Unas inyecciones de penicilina y una pócima de hojas de sauce fueron suficientes para sanarlos. Allí, en aquel silencio agreste apenas quebrado por los ladridos de los perros, se percató de la miopía que asolaba la vista de los pastores, así que, en la siguiente visita, acudió a la casilla de tapial encalado con dos gafas de cristales gruesos engarzados a unas monturas de pasta negra. Aquello cambió la vida de los dos hombres. Contemplaron por vez primera el vuelo lejano, estático del cernícalo, el colorido plumaje de los abejarucos que anidaban en el talud del arroyo, el titilar asombroso de las estrellas durante las noches de luna nueva, el retemblar de hojas en las ramas últimas de los chopos, los merodeos crepusculares del zorro alrededor del corral de las gallinas. Aprendieron a apuntar con la escopeta en vez de disparar a bulto sobre los conejos, sobre las perdices, sobre esas malditas liebres que siempre conseguían burlar la errática lluvia de perdigones. Aquellas gafas torcieron la voluntad de los dos hermanos. Había demasiado que ver allí afuera, lejos de los límites de su majada, de los pastos, vaguadas y rastrojeras. Lejos de su pequeño mundo.

Consintieron en acudir a misa todos los domingos. El cura no escatimó en alabanzas al Señor por devolver a su redil a las dos ovejas descarriadas. Durante el sermón se les quedaba mirando, los ojos enfebrecidos, la voz desgañitada, los brazos ejecutando aspavientos mientras rebuscaba en su memoria citas bíblicas que ampararan aquella inesperada victoria, aquel retorno de dos almas montaraces a los mandamientos de Dios Nuestro Señor. Al salir de la iglesia, los dos hermanos se tomaban unos chatos de tinto en la taberna, se apretaban unas migas, consultaban la esfera de porcelana del reloj encastrado en lo más alto de la torre y volvían a la majada no sin antes cumplir con la promesa que le hicieron a su padre, acercarse a la pizarrilla para leer en voz alta los nombres de los fallecidos durante el último mes y rogar a Dios por sus ánimas benditas.

.....

El hermano mayor se sienta bajo los soportales de la plaza y pide dos copas de aguardiente. Piensa en lo buenas que estaban las gachas con panceta y chorizo que se han apretado para comer. Piensa también en el excelente aroma del café de puchero que preparan en la taberna. Se ajusta las gafas de pasta negra sobre la nariz y desplaza levemente las quijadas, una sobre la otra. El tiempo es bueno, hay templanza en el crepúsculo, los grajos vuelan alto y la lluvia ha caído despacio durante dos semanas, es lo mejor para el campo, para las siembras y los pastos, su ganado lo agradecerá. Prepara dos cigarros con hebras de tabaco negro, uno para él y el otro para su hermano, mientras piensa que hoy no tienen prisa, apenas hay ovejas de ordeño, casi todas están preñadas y parirán a finales del mes que viene. Sonríe con los labios cerrados y enciende el pitillo con su chisquero de mecha anaranjada. El borrico espera cargado con las provisiones semanales, aceite, patatas, sardinas de cuba, una bacalada, cebollas tiernas, garbanzos y una garrafa de vino embutida en su funda de mimbre.

El tabernero se acerca a la mesa con la botella y dos copas. Sirve aguardiente en la del hermano mayor y no sabe si llenar la otra. Un gesto de asentimiento del que nació cuatro minutos antes es suficiente para que el hombre medie de aguardiente la segunda copa y, lentamente, se retire enarcando las cejas.

Se hace tarde. El reloj de esfera de porcelana de la torre marca las cinco y media. Bajo los soportales, la voz del hermano mayor quiebra aquel silencio tramado por el humo azul de su pitillo.

- Vamos, hermano, aún tenemos que llegar a casa.

Esta semana, el hermano mayor no ha cumplido la promesa que le hicieron a su padre. El tabernero recoge las copas, limpia la mesa y, muy despacio, se acerca a la pizarrilla que cuelga de la fachada meridional de la iglesia. El nombre del hermano que nació cuatro minutos después está escrito con tiza blanca, junto a su mote y a la fecha de su defunción. Un nombre que aún estaría allí durante tres semanas más.